

# I

Nació de buen humor y en día festivo. Fue recibido por toda la familia, que se encontraba ahí reunida con motivo del festejo. Dicen que su madre se rió tanto con unos de los chistes que se contaron en la sobremesa, que se le rompió la fuente. Primero creyó que la humedad que sentía entre las piernas era orina que no había podido contener a causa de la risa, pero pronto se dio cuenta de que no era así, que ese torrente era la señal de que su doceavo hijo estaba a punto de nacer.

Entre risas se disculpó y se dirigió a su habitación. Después de haber pasado por once partos anteriores, este último sólo le tomó unos minutos. Dio a luz un niño que, en lugar de llegar a este mundo llorando, llegó riendo.

Después de asearse, doña Jesusa regresó al comedor y les dijo a sus parientes:

—¡Miren lo que me pasó!

Todos voltearon a verla y ella aprovechó el momento para mostrarles el pequeño bulto que traía entre los brazos, mientras les decía:

—De tanta risa, se me salió el niño.

Una sonora carcajada inundó el comedor y todos aplaudieron con entusiasmo la ocurrencia. Su esposo, Librado Chi, con los brazos en alto, exclamó:

—¡Qué Júbilo!

Y así le pusieron por nombre. La verdad, no podían haber elegido uno mejor. Júbilo era el digno representante de la alegría, del gozo, de la jovialidad. Ni siquiera cuando años más tarde se quedó ciego, perdió su sentido del humor. Parecía como si hubiera nacido con el don de la felicidad. Y no me refiero a su capacidad para ser feliz, sino para dar felicidad a todos los que lo rodeaban.

Adondequiera que iba, un coro de risas lo acompañaba. No importaba qué tan pesado estuviera el ambiente, su llegada, como por arte de magia, aliviaba la tensión, tranquilizaba los ánimos y provocaba que hasta el más pesimista comenzara a ver el lado amable de las cosas, como si aparte de todo, contara con el don del apaciguamiento.

Bueno, con la única persona con la que fracasó su don fue con su esposa, pero ese caso aislado constituyó la excepción que confirma la regla.

En general, no había persona que pudiera resistirse a su encanto y buen humor. Inclusive Itzel Ay, su abuela paterna, a la que la boda de su hijo con una mujer blanca había dejado con el ceño fruncido de por vida, comenzaba a sonreír en cuanto lo veía. Por lo mismo, lo llamaba *Che'ehunche'eh Wich* que en maya significa: el del rostro sonriente.

Entre doña Jesusa y doña Itzel nunca hubo una buena relación hasta que Júbilo nació. El motivo era racial. Doña Itzel era ciento por ciento de origen maya y desaprobaba la mezcla de su raza con la sangre española de doña Jesusa. Por muchos años evitó visitar la casa de su hijo. Sus nietos crecieron sin que ella estuviera muy al tanto. Su rechazo era tal, que cantidad de tiempo se negó a cruzar palabra con su nuera, argumentando que ella no sabía hablar español.

Doña Jesusa se vio forzada a aprender maya para poder comunicarse con su suegra, pero encontró muy difícil practicar un idioma diferente al suyo al mismo tiempo que atendía a doce hijos, por lo que el diálogo entre ambas era poco y malo.

Fue hasta que Júbilo nació que la situación cambió. La abuela empezó a frecuentar nuevamente la casa de su hijo pues deseaba con toda el alma estar cerca de ese niño, cosa que nunca le pasó con sus demás nietos, como que nunca le llamaron mucho la atención. En cambio, desde el primer momento en que vio a Júbilo, quedó fascinada con su rostro sonriente.

Júbilo llegó a esa familia de pilón, como un regalo del cielo que ya nadie esperaba. Un regalo bellissimo pero que no sabían dónde poner. La diferencia de edades que había entre él y sus demás hermanos era de muchos años y esto hacía que Júbilo funcionara como hijo único. Es más, sus compañeros de juego fueron los sobrinos de su edad, pues varios de sus hermanos ya estaban casados y, a su vez, tenían hijos. Como su madre tenía que ejercer al mismo tiempo el papel de madre, esposa, abuela, suegra y nuera, Júbilo se vio forzado a pasar mucho tiempo en compañía de la servidumbre, hasta que su abuela lo adoptó como nieto consentido. Juntos compartían la mayor parte del día, ya fuera paseando, jugando o conversando. Por supuesto, la abuela utilizaba el maya para comunicarse con su nieto, lo que provocó que desde muy temprana edad Júbilo se convirtiera en el primer nieto bilingüe que doña Itzel tenía. Y por lo mismo, desde los cinco años de edad, el niño se encargó de prestar sus servicios como intérprete oficial de la familia. Cosa bastante complicada para un niño pequeño que tenía que distinguir que, cuando doña

Jesusa hablaba del mar, se refería al mar que estaba frente a su casa y en donde toda la familia se bañaba; en cambio, cuando doña Itzel mencionaba la palabra *K'ak'nab* no hacía alusión únicamente al mar, sino a la “señora del mar”, una de las fases de la luna, conectada con las masas de agua y que en lengua maya se designaba con el mismo vocablo. Así que Júbilo, al momento de traducir, tenía que tomar en cuenta no sólo estas sutilezas, sino la inflexión de la voz, la tensión de las cuerdas vocales, los gestos de la cara y los movimientos de la boca de su madre y de su abuela.

Era un trabajo dificultoso pero que Júbilo realizaba con mucho gusto, claro que no lo hacía literalmente. Al momento de traducir, siempre añadía una o dos palabras amables que suavizaban el trato entre ambas. Con el tiempo, esta picardía logró que esas dos mujeres se llevaran cada día mejor, y hasta se llegaron a querer. La experiencia lo hizo descubrir el gran poder que las palabras tenían para acercar o alejar a las personas, y que lo importante no era el idioma que se utilizara sino la intención que llevaba el comunicado.

Todo esto suena muy simple, pero era muy enredado. Cuando la abuela le expresaba a Júbilo el mensaje que requería de su traducción, la mayoría de las veces sus palabras no coincidían con lo que en verdad quería decir. La delataban la tensión que tenía en la boca y en las cuerdas vocales. Hasta para un niño inocente como Júbilo, resultaba obvio que la abuela hacía un esfuerzo para tragarse palabras. Sin embargo, por extraño que parezca, Júbilo las escuchaba claramente a pesar de que nunca se nombraban. Lo más interesante del caso es que esa “voz” que permanecía silenciosa era la que representaba verdaderamente

los deseos de su abuela. Así que Júbilo, sin pensarlo mucho, con frecuencia traducía esos murmullos imperceptibles para los demás, en lugar de las palabras pronunciadas en voz alta. Claro que nunca cruzó por su mente hacerlo para mal, todo lo contrario, su objetivo final siempre fue el de conciliar, el de pronunciar la palabra mágica que esas dos mujeres, tan queridas e importantes para él, no se atrevían a mencionar y que obviamente tenía que ver con deseos reprimidos. Un ejemplo claro eran las frecuentes discusiones que se suscitaban entre su madre y su abuela. A Júbilo no le quedaba la menor duda de que cuando una de ellas decía negro, en realidad quería decir blanco, y viceversa.

Lo que no entendía, por su corta edad, era por qué se complicaban tanto la vida y de paso la de todos los que las rodeaban, ya que un pleito entre ellas repercutía en todos los miembros de la familia. Y no se les iba un solo día en blanco. Siempre encontraban motivos para pelear. Si una opinaba que los indios eran más güevones que los españoles, la otra que los españoles eran más apestosos que los indios. En fin, argumentos no les faltaban. Pero, sin duda, el más delicado era el que tenía que ver con la vida y costumbres de doña Jesusa.

A doña Itzel siempre le había preocupado que sus nietos adquirieran formas de vida que, según ella, no les correspondían. Ésa había sido una de las principales razones por las que había preferido ausentarse para no ver la forma en que su nuera educaba a sus nietos, pero ahora estaba de regreso y resuelta a salvar del desarraigo a Júbilo, su nieto consentido.

Para que no olvidara su origen, constantemente le narraba no sólo cuentos y leyendas mayas sino anécdotas

sobre las batallas que los indios mayas habían tenido que dar para poder conservar su historia. La más reciente era la de la guerra de castas, insurrección indígena en la que perdieron la vida veinticinco mil indios aproximadamente y en la que, por supuesto, la abuela había jugado un papel importante. Uno de los triunfos obtenidos, a pesar de la derrota que sufrieron, fue que su hijo Librado quedase al frente de una de las más importantes compañías exportadoras de henequén y se casara con una mujer española. Esto último era muy poco usual, pues el mestizaje en Yucatán nunca se dio como en otras ciudades conquistadas por los españoles. Durante la Colonia, ningún español pasó más de veinticuatro horas en un pueblo de la encomienda. No se relacionaba con los indios y cuando se casaban lo hacían en Cuba y con mujeres españolas, nunca con indígenas. Por lo que la boda entre un indio maya con una mujer española para nada era lo habitual.

Sin embargo, para doña Itzel, esta unión, más que un logro, representaba un peligro. Y la prueba estaba en que sus nietos, a excepción de Júbilo, no hablaban maya, y gustaban de tomar el chocolate con leche en vez de con agua. A cualquiera le haría mucha gracia escuchar la acalorada discusión que sostenían estas mujeres en la cocina, pero no a Júbilo pues a él le tocaba traducir. En estos casos, tenía que estar más atento que de costumbre pues sabía que todo lo que dijera, fácilmente se podía interpretar como una declaración de guerra. Ese día en especial, los ánimos estaban caldeados. Ya se habían lanzado uno que otro mensaje malintencionado, lo cual incomodaba mucho a Júbilo, sobre todo porque era patente el disgusto que las palabras de su abuela estaban ocasionando a su madre. Lo más increíble de todo era que ninguna de

las dos mujeres realmente estaba discutiendo a causa del chocolate. Ése sólo era el pretexto.

Lo que doña Itzel más bien quería decir era:

—Mira, niña, para tu información, mis antepasados construyeron pirámides monumentales, observatorios, lugares sagrados y sabían mucho antes que ustedes de astronomía y matemáticas, así que no me vas a venir a enseñar nada, mucho menos cómo se toma el chocolate.

Por su lado, a doña Jesusa, que era medio malhablada, le hubiera encantado poder decir:

—Mire, suegra, usted estará muy acostumbrada a menospreciar a cualquiera que no sea de su raza, porque los mayas muy chingones, muy chingones, pero son separatistas por naturaleza y yo no estoy dispuesta a aguantar ese tipo de actitudes. Si tanto me desprecia, no venga a mi casa a tomarse mi chocolate.

Finalmente, la situación era tan tensa y cada una de ellas defendía su punto de vista con tanta pasión, que Júbilo llegó a temer una desgracia. Así que cuando su madre, armándose de valor, le dijo:

—Mira, hijito, dile a tu abuela que yo no acepto que nadie venga a mi casa a decirme cómo hacer las cosas, pues ¡yo no recibo órdenes de nadie y mucho menos de ella!

A Júbilo no le quedó otra que traducir:

—Abuela, dice mi mamá que en esta casa no se aceptan órdenes... bueno, más que las tuyas.

Al oír estas palabras el ánimo de doña Itzel cambió por completo. Por primera vez en la vida, sentía que su nuera le estaba dando su lugar. Doña Jesusa, por su parte, no cabía en sí de la sorpresa. Nunca se esperó que su suegra pudiera reaccionar con una sonrisa tan apacible ante una agresión tan fuerte y después del desconcierto inicial,

ella también le respondió con una sonrisa y por primera vez desde que se casó, sintió que su suegra la aceptaba. Júbilo, en tan sólo una frase, logró darles a ambas lo que tanto buscaban: sentirse valoradas. A partir de ese día, doña Itzel dejó de meterse en la cocina totalmente convencida de que sus órdenes se seguían al pie de la letra y doña Jesusa, al sentir que su suegra aceptaba su forma de vida, fue capaz de acercarse a ella con cariño. Y toda la familia volvió a la normalidad gracias a la labor de intermediación de Júbilo, quien se sentía de lo más satisfecho. Había descubierto el poder de las palabras y habiendo prestado desde niño sus servicios como traductor de la casa, no era de extrañar que en lugar de querer ser bombero o policía, quisiera ser telegrafista.

Esta idea se concretó una tarde que estaba acostado en su hamaca, al lado de su padre, escuchándolo hablar.

Hacía unos años que la Revolución Mexicana había terminado, pero seguían circulando historias sobre lo sucedido en esos años de revuelta. Esa tarde, el tema a tratar era el de los telegrafistas. Júbilo escuchaba a su padre con deleite. No había nada que le diera más placer que despertar de la obligada siesta para escuchar las historias de su padre.

El calor del trópico forzaba a la familia a dormir en hamacas instaladas en la parte trasera de la casa, donde daba la brisa del mar. Ahí, frente al *K'ak'nab*, se descansaba y se conversaba. El arrullo de las olas llevaba a Júbilo a un descanso profundo y el murmullo de la conversación lo traía de regreso en un vaivén delicioso. Poco a poco las palabras interrumpían su sueño y lo hacían consciente de que se encontraba de vuelta en casa y que era hora de

ejercitar la imaginación. Así que haciendo a un lado la modorra tropical, se tallaba los ojos y se disponía a escuchar a su padre con toda atención.

En ese momento, estaba narrando una historia sobre el General Villa y su cuerpo de Telegrafistas. Se decía que uno de los factores que habían influido en el éxito de Villa como estrategia militar radicaba en la importancia que siempre le había dado a las telecomunicaciones. Tenía muy claro que eran un arma poderosa y las sabía utilizar a las mil maravillas. Un ejemplo era la original forma en que había utilizado el telégrafo en la toma de Ciudad Juárez.

Esa ciudad fronteriza, por su ubicación, era un bastión importante y bien abastecido. Villa no quería luchar abiertamente contra los Federales, ni podía cruzar la frontera para hacerlo, así que decidió capturar un tren de carbón que iba de Chihuahua a Ciudad Juárez, para utilizarlo como Caballo de Troya. Subió al tren a todo su ejército y al llegar a la primera estación inmediata, capturaron al telegrafista oficial y, en su lugar, el telegrafista del General Villa envió un telegrama a los Federales diciendo. “Villa nos está persiguiendo. ¿Qué podemos hacer?”

La respuesta que recibió fue la siguiente: “Regrésense a Ciudad Juárez tan pronto como puedan”. Y así lo hicieron. En la madrugada, el tren de carbón arribó a Ciudad Juárez. Los Federales lo dejaron entrar y para cuando se dieron cuenta de que, en lugar de carbón, el tren venía lleno de hombres armados, ya era demasiado tarde. Villa logró de esta manera tomar Ciudad Juárez y con un mínimo de violencia.

Dicen que al buen entendedor, pocas palabras. A Júbilo le bastó escuchar a su padre decir: “¡Sin la ayuda de su telegrafista, el General Villa nunca hubiera ganado!”,

para que inmediatamente la imagen del telegrafista, de ese héroe desconocido que nadie sabía ni cómo se llamaba, se agrandara en su mente. Si ese hombre resultaba admirable para su padre, ¡él quería ser telegrafista! Quería dejar de competir con sus once hermanos. Le llevaban muchos años y muchos estudios de ventaja. El que no era abogado, era médico, la que no bailaba de maravilla, era muy inteligente. Todos y todas estaban llenos de virtudes y contaban con muchas aptitudes y capacidades. Júbilo sentía que su padre, de alguna manera, prefería conversar con sus hermanos que con él, que le hacían más gracias los chistes que ellos le contaban que los suyos, que valoraba más los logros que ellos obtenían que los de él. Se sentía ignorado y quería destacar a como diera lugar. Deseaba convertirse en un héroe a los ojos de su padre y qué mejor manera que siendo un telegrafista. Júbilo se sabía poseedor de un don especial para escuchar y transmitir mensajes, así que trabajo no le costaría. Le urgía convertirse en uno de ellos.

¿Qué se necesitaba para ser telegrafista? ¿Dónde se estudiaba? ¿Por cuánto tiempo? Las preguntas salían de su boca con la velocidad de un disparo y con la misma prontitud obtuvo las respuestas. Lo que más le emocionó saber fue que, para ser telegrafista, uno tenía que dominar la clave Morse, un código de comunicación que muy pocos conocían.

¡La cosa pintaba de lo más bien! Si sólo él iba a entender la información que recibía y la que transmitía ¡iba a poder traducir a su antojo! Y ya se veía propiciando enamoramientos, arreglando matrimonios y acabando con todo tipo de enemistades. Sin duda él podía convertirse en el mejor telegrafista del mundo. Lo sentía en el fon-

do de su corazón. Como prueba estaba la forma en que había arreglado la relación entre su madre y su abuela. El dominio de la clave Morse no podía ser más complicado que eso. Aparte, se sentía poseedor de un don. Sabía perfectamente que su capacidad para “escuchar” los verdaderos sentimientos de las personas no la tenía todo el mundo. Lo que en ese momento Júbilo no alcanzó a vislumbrar fue que ése, su mayor don, iba a convertirse con el correr de los años en su peor desgracia; que poder escuchar secretos, anhelos y deseos innombrables no era tan conveniente como parecía, que el estar al tanto a todo momento de lo que la gente sentía iba a causarle muchos dolores de cabeza y grandes decepciones amorosas.

Pero en ese momento de risas y alegrías, ¿quién le iba a decir a Júbilo que la vida era difícil? ¿Quién le habría podido pronosticar que iba a terminar sus días postrado en la cama, viviendo casi en estado vegetal y sin poder comunicarse con los demás? ¿Quién?

—¡Hola Jubián!, ¿cómo estás?

—Pues estoy...

—Ah que mi compadre, pues yo te veo muy bien.

—Pues... yo... no...

—¡Qué pasó! ¿Qué me veo tan mal?

—No, don Chucho, mi papá se refiere a que no lo puede ver, no a que lo ve mal de salud, lo que pasa es que no lo dejó terminar.

—Perdón compadre, es que como hablas muy despacito, me adelanté.

—Sí, ese problema le acarrea muchas dificultades. El otro día Aurorita, su enfermera, le preguntó que si ya quería bajar a comer y mi papi dijo que sí, pero que pri-

mero quería ir al baño. Aurorita para pronto lo puso en su silla de ruedas, lo llevó al baño, lo levantó y le empezó a bajar el cierre de la bragueta. Entonces, mi papi le dijo, así, despacito:

—No, sólo quiero lavarme las manos...

Aurorita soltó la carcajada y le dijo:

—¡Ay don Júbilo!, ¿y entonces por qué me dejó bajarle el cierre?

A lo que mi papi contestó:

—¡Pues porque creí que iba con buenas intenciones!

—¡No...! ¿Para qué?

—Oiga don Chucho, ¿y mi papá siempre fue así de bromista?

—Siempre... ¿verdad, Jubián? Desde que lo conocí ha sido así.

—¿Y a qué edad fue eso?

—¡Huy! Ya ni me acuerdo, creo que tu papá tenía como nueve años y yo como seis. Él acababa de llegar de Progreso, me parece que porque la compañía Exportadora donde tu abuelito trabajaba cerró; lo que sí tengo muy presente fue la primera vez que lo vi, recién llegado de la estación de tren, ahí paradito junto a su maleta. Recuerdo que me llamó mucho la atención que usara pantalón corto, así como de marinerito y bueno, ¡pa'qué te cuento!, todos los gandallas de la colonia le empezaron a hacer burla... ¡Que si se le había perdido la playa! ¡Que dónde era el baile de disfraces! Ya sabes, cosas de niños...

—¿Y mi papá qué hizo?

—Nada, también se rió y nos dijo: “Ningún baile de disfraces, pues ¿qué nadie les dijo que me traje el mar para acá? ¡miren, ahí viene la ola!” Y ahí nos tienes a todos volteando con cara de menso y a tu papá soltando

la carcajada. Desde ese día me cayó muy bien y empezó nuestra amistad. Vivíamos en la calle de Alzate, tu papá vivía en el número 27 y nosotros enfrente, así que nos pasábamos el día juntos. No nos separábamos para nada. Y cuando mi familia se mudó para la calle de Naranjo, pues Jubián jalaba pa'allá en cuanto llegaba de la escuela. Nos encantaba jugar en la calle, pues antes no había peligro de que te atropellaran, ya que los coches pasaban "allá cada y cuándo" y ¡los camiones, ni se diga! La vida era muy diferente y la colonia era preciosa, en cambio ahora, ya ves, no puede salir uno de noche porque lo asaltan, como a mí, que hasta al hospital fui a dar. La inseguridad es tal, que la farmacia de la esquina, ¿te acuerdas, Jubián?, bueno, pues ahora hasta reja tiene para evitar los asaltos. Me acuerdo cuando arriba vivían las González y en las noches nos subíamos tu papá y yo a la hora en que se iban a acostar para ver si las veíamos desvestirse; me estás oyendo, ¿verdad, Jubián? Me voy a aprovechar ahorita que no puedes hablar para ventanearte con tu hija, nomás no me vayas a descontar, ¿eh?

—Pues ganas... no... me faltan...

—No lo dudo, la única tranquilidad que tengo es que no te puedes mover, mano, ¡que si no!... ¿Sabías que tu papá era bueno para los golpes?

—No.

—N'ombre ¡si era buenísimo! Un día hasta se descontó al Chueco López, un boxeador de nuestra época que andaba tras los huesos de tu mamá.

—¿De veras?

—Sí, en una ocasión que hicimos una fiesta, allá cuando yo vivía en el Naranjo, estábamos los tres en el balcón y el Chueco que se sube a un poste nomás para platicar

con tu mamá y entonces, tu papá que se enoja, que se pelea con él ¡y que le gana...!

—¿Y por qué se enojó? ¿Qué ya era novio de mi mamá?

—No, para nada, yo casi los acababa de presentar; no, el problema fue que Jubián dijo que el Chueco le había faltado el respeto a tu mamá pero, pues la mera verdad, Jubián, yo estaba ahí y nunca oí nada parecido a un insulto...

—No lo dijo..., ¡pero lo pensó!

—¡Ah que Jubián!

—Oiga don Chucho, así que ¿usted presentó a mis papás?

—Sí, y tu papá no me lo perdona ¿verdad, compadre?

—Nooo...

—Ya deberías levantarme el castigo, si el culpable de todo fuiste tú, esa noche en lugar de haber golpeado al pobre Chueco, lo deberías de haber alentado a que se casara con Lucha, y otro gallo te hubiera cantado...

—¡Cómo crees que... le iba a hacer eso... si yo lo admiraba!

—Pobre Chueco López, con lo buena gente que era, fíjate que él me enseñó a boxear, era bien bueno p'al box, hasta llegó a pelear en la Arena México y en la Arena Libertad. Él fue mi maestro porque cuando yo era chico en la escuela me ponían cada santa soquetiza que no veas; entonces le pedí que me enseñara y me dijo que sí y ahí en el sótano de su casa tenía un costal y una barra y me dio mis primeras lecciones. Me dijo, mira, lo principal en el box es que nunca cierres los ojos porque ahí es donde se aprovechan los demás, yo por eso le decía a Jubián, mira compadre, cuando mi comadre te pegue, ¡nomás no

cierres los ojos!, pero nunca me hizo caso..., pero bueno, lo que es la vida, al pobre Chueco también le fue como en feria, le dio mucho a la bebida y hasta acabó de jicarero en una pulquería...

—¿Qué es un jicarero?

—Son los que sirven el pulque en el vaso con la ayuda de una jícara, pero eso se hacía antes, ahora ya no. Todo se acaba... fijate, el Chueco ya murió y nosotros para allá vamos... por eso trato de pasarla bien mientras me dure la vida. Juego boliche, que es lo que más me gusta, tres veces a la semana, mis compañeros de juego son unos señores y señoras de más de sesenta años pero que todavía le hacen al boliche, hay uno que acaba de cumplir noventa pero sigue jugando, y juega bien, imagínate, ¡para la edad que tiene y aguanta una bola de diez libras! Lo único malo es que ya empezaron a cobrar ochenta pesos la línea y eso es muy caro para nosotros, porque con lo que ganamos de pensión ¡pues dónde! No nos alcanza. Lo bueno es que un día que iba caminando por la calle de Sullivan, descubrí un boliche en la planta alta de una zapatería. Y ahí estaban jugando una muchacha y un señor y les pregunté que si podía jugar y me dijeron que ese lugar era para que en las mañanas jugaran jubilados del ISSSTE y yo les dije que yo también era jubilado pero del Seguro Social y me dijeron que no importaba, que sí podía entrar. Ahí cobran como dieciocho pesos la línea, pero a los jubilados nos la dan a nueve pesos y aparte nos regalan café y, como estoy bien parado con la dueña del restaurante, me regala dos o tres tazas, porque yo de repente le llevo su bolsa de chocolates y eso, ¿no? por eso me trata bien. Tengo como treinta años de jugar y no soy bueno ni malo, soy regular, pero no me quejo. Mi promedio está entre ciento

cincuenta y ciento sesenta, aunque uno no se conforma y siempre le anda tirando al quinientón. Hace quince días ¡hice quinientos ochenta y tres en tres líneas! ¿Cómo la ves, Jubián...? Jubián, ¿qué, de plano ya me retiraste el habla?

—No, don Chucho, es que así se pone de repente. Como que se cansa, o no sé qué, sobre todo cuando le mencionamos a mi mamá.

—¡Ah qué caray! ¿Y no lo ha venido a visitar?

—No, no ha querido.

Esto último lo digo con temor. Casi en secreto. Sabedora del entrenamiento que tienen los oídos de mi papi para captar dos conversaciones al mismo tiempo. Su mirada parece estar perdida en los recuerdos, pero yo sé perfectamente que eso no es impedimento para que siga el curso de nuestra plática. Sus largos años como telegrafista le permiten manejar de manera sorprendente dos y hasta tres lenguajes al unísono.

Y de ninguna manera me gustaría que supiera cuál es la opinión que mi madre tiene de su enfermedad. Aunque por otro lado, lo más probable es que esté al tanto hasta del último de sus pensamientos a pesar de que hace quince años que no la mira a los ojos.

¿Con cuál imagen de mi madre se quedaría? ¿Con la del día en que se despidieron? ¿O con la del día en que la vio por primera vez? Tal vez con la del día en que estaba en el balcón, despertando todo tipo de deseos en los hombres que admiraban su figura.

Y mi mamá, ¿con cuál imagen de mi padre se habrá quedado? ¿Sería capaz de imaginarlo así de enfermo como está? En las tardes, después de ver sus telenovelas,

¿pensará en él? Si es así, ¿cuál imagen le vendrá a la mente? Sobre todo me pregunto ¿será capaz de imaginarlo sonriendo como en los buenos tiempos, cuando bailaban danzón en la Plaza de Veracruz, cuando el imán del norte provocaba que subiera la marea en los ojos de mar?